



## SYLVIA BEACH

### Shakespeare & Company

**Traducción de Roser Infesta Valls,  
Ariel, Barcelona, 2008, 235 pp.  
ISBN 978-84-344-5244-2**

**(Shakespeare and Company - The Story  
of an American Bookshop in Paris,  
Harcourt, Brace and Company, Nueva  
York, 1959)**

**E**n la estética del *flâneur* y el apogeo del arte, en la vida de los cafés y la ociosidad, en los nuevos salones de pintura y la poesía modernista de Baudelaire, en el carácter conmemorativo de lo público cuya inspiración era principalmente histórica, en todos estos rasgos, el filósofo y crítico alemán de la cultura, Walter Benjamin, y tal vez no sólo él, reconocería París como la capital intelectual del siglo XIX por excelencia. Un siglo más adelante, la Maison des Amis du Livre regentada por Adrienne Monnier se convertiría en uno de los lugares con mayor reclamo literario para todos aquellos lectores y escritores ávidos de novedad en la capital francesa y Adrienne Monnier llegaría a ser quien introdujera más tarde a Sylvia Beach en el complejo mundo editorial, ambas contemporáneas del propio Benjamin, amigas inseparables desde entonces y futuras competidoras.

Desde la posguerra de la Primera Guerra Mundial y la posterior depresión económica, hasta casi el final de la Segunda Guerra Mundial, las dos trabajarían juntas ininterrumpidamente, una en frente de la otra en la famosa calle l'Odéon, Adrienne en el número 7 y Sylvia en el 12, compartiendo una idéntica devoción y un entusiasmo afín por la divulgación y enriquecimiento de la literatura francesa y angloamericana

contemporáneas. En este cruce de tendencias entre el Viejo y el Nuevo Mundo es precisamente donde habría de concurrir el espíritu dominante de la llamada generación perdida, o los intelectuales americanos o angloparlantes expatriados a principio del siglo XX, cuya albacea literaria, según suele decirse, acabaría siendo Sylvia Beach y su lugar de reunión Shakespeare & Company, con el patronazgo de Chaucer ante semejante empresa. Por otra parte, nombres como André Gide, Paul Valéry, Ezra Pound, James Joyce, Sergei Eisenstein, King Vidor, Julien Benda, Thornton Wilder, Erik Satie, F. S. Fitzgerald, Gertrude Stein, T. S. Eliot, Ernest Hemingway o D. H. Lawrence pasarían a engrosar amablemente sus filas.

Sylvia era hija del pastor de la Primera Iglesia Presbiteriana de Princeton, Sylvester Woodbride Beach, en los Estados Unidos, descendiente de una larga tradición eclesiástica de más de diez décadas de existencia y que antes de contraer matrimonio fue el profesor de latín de su madre, nacida durante una misión médica del abuelo de Sylvia en la India y trasladada y establecida más tarde en Pensilvania. El padre de Sylvia había sido también uno de los mejores amigos del vigésimo tercer presidente de los Estados Unidos, Woodrow Wilson, para el que llegaría incluso a officiar las bodas de sus hijos y su propio funeral en Washington, a expresa petición suya.

Debido a largas estancias entre Princeton y París, la familia Beach se vería profundamente contagiada por el espíritu revolucionario de la vieja Europa, que a su regreso a los Estados Unidos acabaría por hallar su cauce definitivo en el espíritu de los Padres Fundadores y en la letra de los Firmantes de la Declaración de Independencia, al igual que su vehículo de expresión en la educación liberal de las universidades más prestigiosas de Nueva Inglaterra, de cuya visión del mundo, y gracias a la cual, el padre de Sylvia habría de impregnar, no sin cierto romanticismo, al resto de su familia.

Ante la falta de vocación religiosa desde su juventud y, posteriormente, de recursos económicos para emprender el negocio propio de una librería en los Estados Unidos, la frecuencia de los llamativos viajes familiares a París durante sus primeros años habría ayudado a aumentar satisfactoriamente la fascinación de Sylvia por la lengua y la cultura francesas, reobrando a favor de su conducta. Consciente, en suma, del poder de atracción de la vida intelectual y cosmopolita que se fraguaba en París, donde enseguida saldrían al paso nuevos escritores por entonces desconocidos que después se harían famosos, así como de un nuevo mundo en pleno auge que suscribiría esa imagen de la Europa de entreguerras como el centro intelectual de la escena mundial, en apariencia cubierto por una tranquilidad pasmosa, Shakespeare & Company llegaría a ser reconocida como "la librería más importante" del momento, seguramente para nosotros, según una conocida expresión, el hogar, tangible, de la república de las letras, donde la vida pública interactúa casi a la perfección con el pensamiento, donde crecen nuestras afinidades electivas. De hecho, no sería desacertado afirmar que Shakespeare & Company abrió sus puertas con la ilusión de dar cabida a un mundo predispuesto de lectores y las cerró con el resultado de haber dado cabida, como se lee en un poema de William Butler Yeats, a la perfección de la vida o a la perfección del trabajo, si es que realmente se diferenciaban. Yeats era por aquel entonces, junto a T. S. Eliot, el poeta más célebre del momento, apenas se dejaba ver en público y, no obstante, pudo suscribirse a Shakespeare & Company gracias a que Ezra Pound había entregado la suscripción en su nombre. Por otra parte, era el poeta preferido de Joyce, cuya lectura recomendaría éste encarecidamente a la propia Sylvia, la cual acabaría



## LIBROS



### SYLVIA BEACH Shakespeare & Company

decanándose por poetas franceses y amigos suyos como Valéry, Perse, Michaux y el propio Eliot.

Por encima del valor de prosperidad que ha de mostrar con más o menos fortuna cualquier nueva adquisición, aventura o riesgo, el reconocimiento de Shakespeare & Company por aquel mundo de lectores llegaría de manos de Joyce gracias a sus reiteradas visitas por la librería, que convertiría en un hábito. El vínculo que estrechaba al autor con Sylvia Beach bastaría para explicar con creces la sucesión interminable de rostros conocidos por la librería, sin contar todavía con el valor inesperado de una nueva experiencia que, para nuestro asombro, acabaría por transformarse en uno de los experimentos más costosos, tanto en el sentido de un desgaste físico y emocional como económico, de todo el panorama literario del siglo XX: los derechos de publicación —que en realidad nunca se obtendrían— del *Ulises* de Joyce a cargo de Sylvia Beach, ahora *manager*, fiel editora, publicista y amiga de Joyce. He aquí la particular odisea de la fundadora de Shakespeare & Company.

La lectura de la obra de Joyce compartida por Sylvia con Jules Romans según la cual no era difícil ver la influencia de Richard Wagner y Walt Whitman en las líneas del autor, pese a que Joyce tratara de ocultar deliberadamente, no como hacía Paul Valéry, la influencia del primero, aparecía supeditada, en palabras de Sylvia Beach, al genio literario del que “era como un dios” para Joyce, el escritor noruego Henrik Ibsen. Joyce se sentiría orgulloso de que *Exiliados*, su única pieza teatral, llegara a representarse en el mismo teatro de l’Ouvre que acogía anualmente una puesta en escena de las mejores obras de Ibsen. Tampoco es difícil ver al leer *Shakespeare & Company* el lugar central que ocupa Joyce y que, desde su primer encuentro con Sylvia, permea el desarrollo e incluso el orden cronológico de los acontecimientos que transcurren en el libro. Alojado en Londres casi toda su vida, Eliot era, sin embargo, el único amigo de Joyce capaz de estimular al autor de *Ulises*, el cual a veces cruzaría el Canal, a pesar del coste y el esfuerzo añadidos al viaje con su familia desde la capital francesa.

*Shakespeare & Company* posee, asimismo, en cierto modo, el carácter de un documento bibliográfico en tanto que nos informa de los títulos más valiosos que, sin dejar de corresponder al objeto de un libro de memorias como éste, han ido configurando de anécdotas la vitalidad del genio de una época con el fin de que entendamos los hechos ocurridos a propósito de la relación de su autora con

el mundo eminentemente literario. La relación con el genio siempre ha sido, en efecto, desigual, opuesta, discordante. Hacía falta un elemento que la armonizase. Joyce, que había representado el enlace de Sylvia con la clase literaria de París y al que debería en parte la fama de Shakespeare & Co., pasaría de ser intocable a ser alguien prácticamente indeseable para ella. La admiración y reconocimiento a la perfección del trabajo nunca llegarían a ser mutuos. El menosprecio por parte de Joyce equivalía al menosprecio de la perfección de la vida y con el tiempo se había convertido en la manera más justa de reconocer el mérito al personaje pero no a la persona, mientras que la dedicación desinteresada de Sylvia serviría para decantar con total claridad un valor de integridad entre ambos y respecto a cada cual consigo mismo. Los reproches de Sylvia, que eran infrecuentes, antes de que su relación se esfumara, no eran, sin embargo, gratuitos; concentrado en escribir casi todo el tiempo, a veces Joyce mostraba cierto desinterés por la supervivencia económica de su familia. La imagen de Joyce, tal vez debido a sus problemas con la vista, aturrido y convaleciente, susceptible y desanimado, no hacía justicia a la del héroe homérico, superviviente nato e incansable frente a la adversidad, dotado de un autocontrol extremo contenido belicosamente en la esperanza de regresar al hogar. Parecía como si el propio Joyce, al contrario de lo que sucedía en el poema, no tuviera miedo de perder a su familia mientras albergara el áspero sentimiento de soledad del genio que, para el Ulises griego, venía provisto, sin embargo, de la protección de la diosa Atenea, la cual velaba sin descanso por su bienestar infundiéndole en él la inteligencia y astucia necesarias en los momentos difíciles, aún cuando no llegase a evitar al héroe el temor a perder lo más querido en la vida de alguien que ha nacido y ha sido educado en la cultura occidental, que es su familia y hogar.

De este modo, la comparación con Sylvia Beach, en el ámbito personal, podría ser hasta cierto punto desconcertante. En cierta ocasión, el propio Joyce estuvo a punto de arrastrar a Shakespeare & Co. a la quiebra tras haber gastado el dinero de los beneficios de las publicaciones en una especie de banquete familiar. Entonces a André Gide se le ocurrió la medida de proponer una serie de lecturas públicas en la librería una vez a la semana, por cuya entrada se cobraría en beneficio de Shakespeare & Company y de su propia administradora.

Pero la fortaleza que realmente había atesorado la simpatía de Sylvia fue una virtud cuya cumbre habría de conquistar sin esfuerzo Ernest Hemingway, al que Sylvia consideraba “el padre de la novela contemporánea”. Hemingway haría un homenaje a esa amistad indestructible entre ambos en uno de los personajes que representaba a Sylvia Beach en *París era una fiesta* y que describía: “Sylvia era amable y alegre y se interesaba en las conversaciones, y le gustaba bromear y contar chistes. Nadie me ha ofrecido nunca más bondad que ella”. Otra cumbre por conquistar, aunque de un modo parcialmente edificante y feliz, sería la que equivalió al final de la ocupación nazi de París y, en consecuencia, a la reapertura esperada por todos de Shakespeare & Company —que llegaría de manos, como no podía ser de otra manera, de “mi mejor cliente”, el propio Hemingway, vestido de oficial del ejército norteamericano con el uniforme “sucio y ensangrentado”, el cual se encargaría de derribar a los últimos ojeadores apostados en lo alto de los edificios de l’Odéon. Después de Hemingway, Shakespeare & Company no volvería, en realidad, a abrir sus puertas. Sylvia Beach moriría en 1962 casi dos décadas más tarde. La lectura desinhibida de *Shakespeare & Company* enriquece ahora nuestras memorias.

Antonio Fernández Díez